

multitud—laten al unísono de sus compatriotas y coetáneos? D'Annunzio, por ejemplo, en sus cantos homéricos y esquilicos, ¿puede considerarse como habitante de una ciudad populosa y moderna? Se me dirá que si no es moderno en alguno de sus cantos líricos, lo es, por ejemplo, en *Il Piacere*, epopeya de nuestra sensualidad decadente. Con lo cual se refuerza mi pensamiento: que los artistas sienten *junto con*; pero al mismo tiempo *aparte de* la sociedad que les rodea. Ó lo que es lo mismo, viven *dentro* del común sentir y pensar; pero se remontan *sobre él* siempre que quieren (1). Es ocasión de recordar aquello que casi en broma dijo Gautier (pues en serio nunca lo hubiera dicho, incapaz como era de aparentar que enseñaba nada): *Ce ne sont pas les petits pois qui font naître les printemps; mais les printemps qui font naître les petits pois.*

No son, en verdad, los artistas los que hacen nacer las sociedades, como no son los garbanzos los que hacen nacer las primaveras; son más bien las sociedades las que hacen nacer los artistas, como son las primaveras las que hacen nacer los garbanzos (2). En verdad que yo me inclino á esa

(1) Aquí se olvida también una máxima vieja muy respetable: *Sublatâ causâ, tollitur effectus*. La causa de estas *conjunciones* del sentir común con el sentir de algunos hombres escogidos, es la simplicidad y la facilidad de asimilación de los principios que dirigen una sociedad. Así en Grecia, donde todos los hombres tenían casi igualmente desarrollados los músculos con los juegos gimnásticos, y el cerebro alimentado con los versos de los poetas cíclicos, se comprende que fuera gustado el arte rudimentario y simple, todo en la armonía y en la palabra, puramente *formal*, sin un arranque de espiritualidad; pero suprimida la causa, el efecto queda abolido.

(2) Aplicando sus conclusiones á la ciencia, Renán expresaba un sentimiento parecido — tan parecido, que casi se confunde. «Es la ciencia — escribía en sus *Drames philosophiques: Le Rêve de Pros-*

opinión; y antes que pensar, como algunos cándidos, en el influjo del artista sobre la sociedad en que vive, me obligo á decir, con un profundo crítico de nuestro tiempo, el cubano Enrique José Varona: «Si el poeta lírico gasta principalmente de su fondo íntimo, no puede ni debe prescindir del mundo que lo rodea; debe, por el contrario, ser un espejo reflecto que reproduzca aumentadas las imágenes que recibe... El poeta ha de estar en el mundo, ha de seguir con interés las vicisitudes de su época; no ha de ser indiferente á la suerte de su país; y que mientras más llenos de acontecimientos sean los períodos históricos, y mayores las emociones que palpiten y pugnen en el corazón de los hombres de una época, más elementos encuentra la misma poesía subjetiva para enriquecer el diapason de sus cantos. Los himnos de Tirteo y de Pindaro son poesía lírica; las canciones del seudo Anacreonte son juguetes rítmicos» (1). Esto no me impide, sin embargo, reconocer que el genio de una época puede estar en contraposición con el genio individual. En resumen: como el mismo Taine se decía, me digo yo también para mis adentros: «En cuanto á preceptos, sólo

pero — la que crea el progreso social, y no el progreso social el que crea la ciencia. La ciencia no pide á la sociedad sino que le deje las condiciones necesarias á su vida, y que produzca un número suficiente de espíritus capaces de comprenderla. Indudablemente, la ciencia, absolutamente hablando, podría prescindir de ser comprendida, porque basta que exista. (*Certes, la science, absolument parlant, pourrait se passer d'être comprise; car elle est.*) Las obras de Arquímedes, de Euclides, han dormido dos mil años en los manuscritos, sin que nadie las comprendiese. Pero eso es muy peligroso, y es maravilla que estos descubrimientos admirables de la ciencia no hayan desaparecido de la tradición de la humanidad.»

(1) *Estudios literarios y filosóficos*, parte 1.^a: *Literatura; Poetas cubanos*, págs. 108 y 109.

hemos encontrado hasta ahora dos: el primero, que aconseja nacer con genio: ésta es cuestión de vuestros padres, no mía; el segundo, que aconseja trabajar mucho, á fin de poseer bien su arte: éste es negocio vuestro, no mío.»

Naturalmente, un poeta no nace como un hongo, espontáneo y desasido. Ya el viejo Milton expresaba en su *Paraiso perdido* (*The Lost Paradise*) que en la soledad no se encuentra la dicha y que nadie puede disfrutar solo...

... *In solitude,*
what happiness? Who can enjoy alone?

Así, yo me adhiero á la opinión de Rodó cuando duda de la legitimidad del fiero individualismo de Rubén Darfo. «Recuerdo á este propósito—escribe—que uno de los personajes de *L'Immortel*, de Daudet, plantea esta cuestión interesante: si acaso Robinsón hubiera sido artista, poeta, escritor, ¿hubiera continuado siéndolo en la soledad, hubiera producido? He ahí una duda que, para los artistas de la raza del nuestro, apenas admite explicación. En el individualismo soberbio de este poeta—aunque prive á su poesía de la amplitud humana y generosa que realza á la de los que cantan con vocación y majestad de hierofantes—hay un fondo legítimo que ningún *alma dotada de entendimiento de hermosura* será osada á negar.» Así Rubén Darfo acaso no es el poeta de sus hermanos en patria; porque, por ser humano, se siente quizá un poco descentrado de su suelo, al revés de lo que en sí notaba Sully Prudhomme (1). Por lo demás, hoy se impone un universalismo sincero. Un crítico italiano, Ugo Ojetti, decía poco ha: «Ya el regionalismo es ridículo, espe-

(1) De quien es una estrofa célebre:

Et plus je suis Français, plus je me sens humain...

cialmente en materia de Arte. Más allá de los montes, de los ríos, de los mares, surgen artistas; y se levantan y se llaman en voz alta, y se nutren del mismo pan, bajo la tepidez dorada del sol. El Arte es universal; el artista ya no es italiano, ni francés, ni noruego; su genio es humano.»

¿Qué importa, pues, que el autor de *Azul* no sea *el poeta de América*, como expresa en las primeras palabras de su insuperable estudio el perspicaz Rodó? Si no siente su país tal como es actualmente, acaso la explicación la encontremos en aquellas simpáticas palabras inscritas al comienzo de *Prosas profanas* por el mismo poeta: «Si hay poesía en nuestra América, ella está en las cosas viejas, en Palenque y Uxatlán, en el indio legendario y en el inca sensual y fino, y en el gran Moctezuma de la silla de oro. Lo demás es tuyo, demócrata Walt Whitman.» ¿Cómo extrañar que un artista no sienta ya aquella poesía salvaje de las Pampas, si ésta ha muerto ahogada por el allanador y rasante cosmopolitismo de nuestra actividad fabril é industrial, poderosamente igualitaria? Ya el mismo poeta nos lo dice en sus bellas estrofas *Del campo* con una insuperable concisión—esa concisión que acompaña siempre, fraternalmente, á la expresión de los grandes dolores y de los grandes placeres, de todas las sensaciones cenestésicas:

De pronto se oye el eco del grito de la pampa,
brilla como una puesta del argentino sol,
y un espectral jinete, como una sombra, cruza,
sobre su espalda, un poncho; sobre su faz, dolor.
— ¿Quién eres, solitario viajero de la noche?
— Yo soy la Poesía que un tiempo aquí reinó:
¡yo soy el postrer gaucho que parte para siempre,
de nuestra vieja patria llevando el corazón! (1).

(1) *Prosas profanas: Del campo*, 66.
TOMO I.

No es posible encontrar poesía en un sitio determinado cuando todos los sitios del mundo se le asimilan («¡Buenos Aires! ¡Cosmópolis!»), dice el poeta en las *Palabras liminares*, y la fusión de todos los caracteres se llama también por otro nombre pérdida del carácter. La tierra está cruzada de caminos de hierro; si éstos son bellos, lo son igualmente en toda la tierra; no hay por qué circunscribir la belleza en una especial jurisdicción agreste y montaraz, ¡que apenas existe!...

En verdad que yo no niego encanto y gracia muy singulares á la red de vías férreas que nos muestran un mismo aspecto del hombre en Yokohama que en Cristianía, y en Málaga que en Arkángel; reconozco belleza á esos terraplenes nivelados, partidos por dos cintas de hierro, que se desenrollan paralelamente, firmes y un poco nostálgicas, como una imposible aspiración hacia lo infinito; bellos son esos postes de telégrafo y esos alambres que semejan un pentagrama, donde los picotereros y gráciles gorriones son como corcheas; todo esto es bello, sin duda alguna... Sé que hay quien no siente su belleza, como no siente tampoco la de esas grandes locomotoras rechinantes y resonantes, y la de esas enormes é iluminadas estaciones de ferrocarril. Mas quien la siente, forzosamente ha de buscar un refugio en el arte universal y eterno, que no es de ninguna nación ni de ningún tiempo; que lo mismo pudo hacerse en un gineceo de Grecia, que en el fondo de una litera romana, que dentro de un castillo feudal, que en un kiosco chino, que en un trineo ruso, que en un *restaurant* parisién... Este es el arte que hoy priva; abriendo cualquier libro de poesías líricas, sobre todo, se experimenta esta impresión: que sería difícil averiguar la nacionalidad del autor si no fuese por el idioma... Somos isocrónicos; todos iguales en el tiempo y en el espacio — ó, mejor dicho, más allá del tiempo y del espacio—, y

en todo caso preferimos ser anacrónicos antes que sincrónicos. Así, poetas tan geniales como Mallarmé se lastiman del antiestético carácter general que determina á nuestra época, y hablando de esto, escribe (en *Le Phénomène futur*) que «los poetas de estos tiempos, sintiendo refulgir sus ojos extintos, se encaminarán hacia su lámpara, con el cerebro ebrio por un momento de una gloria confusa, alucinados por el ritmo, y en el olvido de existir en una época que sobrevive á la belleza.»

Rubén Darío no es, pues, ni un anacrónico empedernido, un nostálgico de pasadas épocas, ni un hombre de su tiempo. Es á la vez lo uno y lo otro; es deliciosamente complejo, como el alma moderna, que ya se siente satisfecha de sí misma, ya suspira por todo lo que no tiene. Es toda nuestra época: es, por excelencia, el poeta de fines del siglo XIX. Todo el cansancio de una raza que ha vivido mucho (pues si bien América es una raza apenas púber, ya hemos quedado en que Rubén Darío no es el poeta de América) se refleja en su poesía, que no por eso pierde en vigor y fortaleza. Siendo un viril, no sólo en el sentido un poco grosero y, como si dijéramos, musculoso de la palabra, sino en el sentido poético de dominador, de *hombre* (hombre: esa palabra que á las mujeres trastorna, alucina, encanta ó impone miedo), es perfecta y noblemente decadente en sus sensaciones languidecientes y finiseculares (¡ese lindo latinismo que él ha entronizado en nuestra lengua!). Es un ultramoderno, porque es un complicado de cristiano y pagano. Esta adorable ó abominable (como se quiera) fusión de estos dos sentimientos que ocupan toda la historia de la humanidad, es el distintivo de nuestra atormentada época. Tan pronto se cree uno presa de los más inefables deliquios místicos, como incurre en la más vulgar de las obscenidades ante una moza de cántaro... Esto es un poco violento (convento en ello),

pero es muy de nuestra época. Parece que á nuestro siglo han venido á confluír dos entrechocantes corrientes: el cristianismo, noble culto de todo lo espiritual, y el paganismo, divinización y espiritualización de lo animal. Desde que estas dos corrientes han detenido dulcemente su curso en un apacible remanso, ó el agua se ha agitado en tumultuoso torbellino, ó ha estancado su mansedumbre para tiempo indefinido. De todos modos, lo indudable es que desde ese momento se ha abierto una nueva época en la historia del mundo (*von hier und heute geht eine neue Epoche der Welts Geschichte*, que diría Goethe). De aquí ha resultado nuestra formidable civilización fabril é industrial, qué no sabemos si será francamente pagana ó genuinamente cristiana, ó si participará de ambas tendencias y causará esfacelo á una en beneficio de la otra, ó detrimento á ésta en ventaja de aquélla. Asistimos á su formación; dentro de cien años podremos decidir. En la última mitad del siglo pasado la levadura cristiana ya se iba corrompiendo. Ya Alfredo de Musset podía exclamar en *Rolla*:

Je ne crois pas, o Christ, à ta parole sainte... (1).

La obra de la Enciclopedia había germinado; quizá hoy no tendría tanta dicha; hoy la sociedad es ya una doncella esté-

(1) Estrofas con las cuales no deja de tener cierta semejanza aquel comienzo de un soneto de Anthero de Quental:

*Pallido Christo, oh conductor divino!
A custo agora a tua mão tao doce
incerta nos conduz, como se fosse
teu grande coração perdendo o fino...*

(Os Sonetos completos de Anthero de Quental, publicados por J. P. Oliveira Martins, 1864-1874; *A Ideia*, pág. 56, 2.^a edición.—Porto, 1890.)

ril, por fatiga de los goces y por abuso del placer; entonces era aún (*joli tempora!*) una matrona fecunda. La primera vez que el hombre se sintió anticristiano fué para blasfemar, para tornarse impío (siglo xviii); después, para hacerse la ilusión de que era pagano; hoy ya, para permanecer indiferente. El mismo Alfredo de Musset preguntaba á Voltaire, en un dolorido apóstrofe de los más patéticos que la Humanidad ha lanzado:

*Dors tu content, Voltaire, et ton hideux sourire,
voltige-t-il encor sur tes os dechornés?
Ton siècle était, dit-on, trop jeune pour te lire,
le nôtre doit te plaire, et tes hommes sont nés.
Il est tombé sur nous, cet édifice immense
que de tes larges mains tu sapals nuit et jour.*

Hoy, en verdad, han nacido otros hombres que ya no son los hombres de Voltaire: aquéllos luchaban, combatían por algo contrario al cristianismo; hoy ya no se lucha sino por el alza y baja de los valores. Y estos hombres han ocupado, irruído é infestado todas las partes del mundo que se llaman civilizadas (Europa y América hasta Panamá, según frase de Rubén Darío en sus *Peregrinaciones*), y pueden decir, con más razón quizá que los cristianos primitivos decían en los tiempos de Tertuliano: «Somos de ayer y llenamos todo lo vuestro: las ciudades, las islas, los castillos, los municipios, los concejos, los mismos campamentos, las tribus, los cuarteles, el palacio, el Senado, el foro; sólo os dejamos los templos.» (*Hesterni sumus et vestra omnia implevimus: urbes, insules, castella, municipia, conciliabula, castra ipsa, tribus, decurias, palatium, Senatum, forum; sola vobis relinquimus templa*) (1). Nunca frase más adecuada, dicha para una época,

(1) *Apología*, XXXVII.

pudo aplicarse con tanta exactitud á otra. Hoy la mayoría de los hombres son irreligiosos; el que permanece aún con sed de cielo, mezcla de una singular manera el cristianismo más delicado y el paganismo más obsceno. Así el mismo Verlaine, que ha escrito las estrofas de *Sagesse* y sonetos como el dedicado á Luis II de Baviera, expele en sus últimos días (en *Parallèlement*) delectaciones morosas de obscenidad, como *Fille* y *Auburn*, la última palabra, á mi ver, de la poesía sensual, que ya linda con lo pornográfico. Tan pronto quiere ascender hacia el cielo,

*guidé par la folie unique de la Croix,
sur tes ailes de pierre, o folle Cathédrale!*

como desea que le anegue la onda de la voluptuosidad, distribuida por una *très sortable chataïne*, que viene

*les seins roides sous la chemise,
fière de la fête promise,
à tes sens partout et longtemps,*

y que le ha de sumergir, como él mismo dice con significativa frase,

dans un délire bien païen!

Rubén Darío es el poeta de nuestros tiempos, porque es un poeta pagano tanto como cristiano, si por paganismo entendemos una concepción sensual y positiva de la vida (*eine Welt-und-Leben positive und sensuelle Anschauung*, diré en alemán), y por cristianismo una concepción espiritualista y ascética. Es el poeta múltiple; es el poeta complejo; es el poeta inquieto; es el poeta atormentado; es el poeta admirable. Deliciosamente dual, llena el alma de los resplandores que vienen del Calvario, y con los ojos despiertos, vivaces, fijos en las desnudeces que corren por detrás de la

selva... El espíritu elevado hacia el cielo y la carne siempre en acecho, siempre en irritación, siempre en cosquilleo ante una blanca y tersa carnación adivinada. ¿Somos más bestialmente sensuales que en pasados siglos, me pregunto yo ahora, considerando esto, ó somos, sencillamente, más sinceros? ¿Nos hemos asimilado una nueva fuerza de sensualidad expansiva, ó hemos adquirido la facultad de confesar-noslo todo unos á otros? En una palabra: para plantear la cuestión en términos vulgares, ¿tenemos más ansia de goce, ó tenemos menos vergüenza? Yo no quisiera resolver en seco; pero sí sé que me pasmo ante poetas tan maravillosos como Rubén Darío, que lo mismo son admirables ya digan la alta espiritualidad, ya la baja sensualidad. ¡Oh divina amalgama; oh bendita confusión; oh abominación santa, puesto que de aquí han brotado las más geniales, las más humanas y las más conmovedoras poesías que hemos leído quizá en lengua española!...

Nadie ha cantado con tan encantadoras frases y con tan musicales ritmos la sensualidad: lo que parecía más inmundo é impoetizable tiempos atrás, hoy se ha convertido en uno de los más enternecedores temas líricos. De aquí, de esa fuente viva, de ese manantial á veces claro y perlado, á veces cenagoso y revuelto, pero siempre vital, como que es *fons vite*, del alternativamente aborrecido y deprecado sensualismo, han salido en nuestro tiempo las más nobles obras de arte. El sensualismo ha producido profundas escarificaciones en el mundo moderno; ¡pero de estas llagadas y enconadas sajaduras que en otro tiempo parecían arrojar lava de pus infecto, ha de brotar un chorro de sangre bullente, cálida, viva, vivificante!... Después de haber leído ciertas poesías de Verlaine, las novelas de Felipe Trigo y las obras de Rubén Darío, no es posible dudar por más tiempo de esta verdad: el sensualismo, que hoy se ha espiritualizado, es

padre de obras maestras, de grandes milagros, lo mismo en el mundo físico que en el mundo intelectual; es padre, ante todo, de ese sumo milagro que se llama la generación humana y de esas milagrosas obras de ensueño que cantan á la mujer con un transporte muy celeste... y muy terrenal. En el *supremo contacto*, según frase del poeta de *Azul*, donde parece elevarse un canto á la materia triunfante, surge un himno á la espiritualidad dominante y avasalladora. El mismo lírico que ha cantado á la Dea por excelencia, á la *Divina idea*, en un soneto acabado de confección y admirable de concepto, que tiene un final tan sugestivo:

Toda visión humana á su luz es divina;
y esa es la virtud sacra de la Divina Idea,
cuya alma es una sombra que todo lo ilumina (1),

es el que más tarde exalta en un ritmo dislocado y anárquico la rosa sexual (¡oh plasmante imagen!); mas (¡quién lo creyera!) no por su cualidad de rosa simple y vegetal—pues, al fin, las rosas, por muy odorantes que sean, sólo tienen aroma y color, pero sin alma—, sino por su condición de *enigma espiritual*:

... Pues la rosa sexual,
al entreabrirse,
conmueve todo lo que existe,
con su efluvio carnal
y con su enigma espiritual... (2).

¡Oh revelación, oh belleza!... Luego ese lindo capullo que contiene en sí la vida, que concreta el mundo del ensueño en un minuto de éxtasis; ¡ese lindo y germinal capu-

(1) *Prosas profanas: La Dea*, 117.

(2) *Cantos de vida y esperanza: Otros poemas*, XXIII, 127.

llo no es tan animal como se hubiera creído, y encierra grandes y terribles misterios de alma... ¡Oh revelación, oh belleza!... Luego por eso me encantáis tanto, sugestivas novelas realistas; luego por eso me transportáis á un paraíso de ensueño, á pesar de que se os ha conceptuado tan groseras y tan á ras de tierra... ¡Oh revelación, oh belleza!... Luego por eso yo he pensado alguna vez que el sensualismo es ya de por sí una suficiente razón de existir; luego así se justifica la vida de gran parte de los tristes hombres vulgares, que no tienen otra norma de existencia sino el cumplir estas gratas y tan vituperadas funciones animales... ¡Oh revelación, oh belleza!... Luego por eso he meditado tal vez en ciertas ocasiones que no se necesita volar á regiones empíreas y á paraísos lechosos y confusos para buscar ensueño; luego no tenemos menester del transporte sin causa y del arrebato sin objeto y de la elevación á difuminadas atmósferas mentales, donde el mundo exterior se borra — puesto que el ensueño lo llevamos en nosotros mismos y lo realizamos cada hora, á cada momento, absoluta y simplemente, *sans y songer*, por decirlo en bella frase francesa... ¡Oh revelación, oh belleza!... Luego por eso las novelas de Felipe Trigo, que tan inmundas y groseras se han dicho, y en especial *Las Ingenuas*, son tan encantadoras, tan inquietantes, de tal manera turban, de tal manera conmueven, porque llevan contenidas en sí todas las posibilidades de ensueño que caben en el espíritu humano; porque en el acto sexual, la mente, siempre volandera, soñadora, fugitiva y novelera (¡la divina palabra!), escapa á regiones de luz y de gloria, por sobre el cuerpo, dulcemente prisionero en cadenas de carne... ¡Oh revelación, oh belleza; oh encanto de todo lo humano!...

Claro es que estamos muy distantes con esto de los primeros padres de la Iglesia; de aquellos que llamaron á la

mujer, con encrespada y adusta altivez de teólogos, «criatura inferior» (1), «causa del pecado original» (2), «más amarga que la muerte», «puerta del infierno», «camino de la iniquidad», «centinela de Lucifer», «dardo del escorpión», «tenia del corazón humano» (3), «vaso de impureza». ¡Cuán lejos de estos improprios, que acaso contienen un dejo de amargura; que tal vez encierran un latente hormigueo de remordimiento, por haber amado mucho esto mismo que ahora se maldice; que tal vez son *des litanies à rebours*, según la potente frase de Fouillée! (4). ¡Cuán lejos del sentir de aquel apologista cristiano citado por San Buenaventura, que decía: «¡Considerad una mujer de pies á cabeza, y no hallaréis en ella sino la señal de su perdición eterna y de la de los suyos!» Por el contrario, hoy recitamos letanías á todo lo humano — que es la más patente muestra de todo lo divino —, y como á lo más humano, á lo sexual. «Debemos unir en nuestro espíritu—ha dicho con profunda verdad, é interpretando un común sentir, Merejkowsky, el pagano sin ta-

(1) Los antifeministas pueden exaltarse y rugir de entusiasmo aquí; tienen su entronque en el cristianismo más puro, en los Padres de la primitiva Iglesia, que se han querido reivindicar para sí los comunistas modernos. Por una parte, nuncios de progreso; por otra, profetas de retraso.

(2) Aquí, involuntariamente, se recuerda el verso de un poeta moderno:

La femme, enfant malade et douce fois impure...

(3) ¡Qué maravillosa paridad de ideas con esta ingeniosa y picante frase de un gran satírico de nuestra turbulenta y sensual época: «Las mujeres son como las viruelas: hay que tomar una para librarse de las demás!»

(4) *Temperament et caractère selon les individus, les sexes et les races*, 2.^a edición, pág. 190. — París, 1895.

cha, autor de *La muerte de los dioses*, que en este pasaje se dulcifica y se amansa, *se cristianiza* por un momento — lo pasajero y lo permanente; contemplar lo segundo á través de lo primero, sin rebajar el valor de las cosas de la tierra, que nos revelan las de más allá, con tal de que las penetremos á fondo. ¡Amémoslas, pues, en lugar de despreciarlas y de proclamar su nada, acordándonos de que este es nuestro único camino para elevarnos á Dios!» Ya Goethe había escrito en sus *Máximas y reflexiones*: «Me disgustan los que conceden demasiada importancia á la muerte de todo lo que existe y se pierden en la contemplación de la nada de las cosas terrestres. ¿Tiene, pues, nuestra vida otro objeto que hacer permanente lo que es pasajero? Y sólo podremos conseguirlo sabiendo apreciar lo uno y lo otro en su justo valor.» Aunque el autor de *Werther* era un empedernido pagano (como lo demuestra su feo epigrama contra la Cruz, que no comprendo cómo se ha alabado tanto), en esta ocasión discurre como el más sensato cristiano discurrir pudiera. *Hacer permanente lo pasajero*: he aquí una maravillosa frase y una noble enseñanza. Si se procura embellecer lo que de feo y áspero hay en la vida, aunque sin darle transcendental importancia, como á cosa que al fin morirá, se habrá coligado de la manera más noble el sentimiento cristiano y la concepción pagana del mundo. Casi convendría yo hoy en lo que una vez he vituperado: en hablar, como habla el culto Salaverría, de «los santos y gozosos menesteres animales que nos atan á la Tierra con lazos de amor y gratitud» (1). Por de pronto, hay que aceptar estos menesteres con cariño, para hacerlos más llevaderos. Sin olvidar, ¡eso jamás!, que la felicidad no se encuentra en esos menesteres, ni en cosa

(1) *El perro negro*, jornada 5.^a: *El espejo*, pág. 55.—Madrid, 1906.

otra alguna aquí abajo, como han reconocido aun los artistas más realistas y enamorados de la tierra y de la vida tal como se nos ofrece. Así, poeta tan robusto y valiente, y tan escasamente pesimista como Emilio Verhaeren, á quien el ascetismo y el ideal de catolicidad no seducen, sin duda, como ha demostrado en su libro sobre España (*L'Espagne noire*), exclama en algún pasaje de sus obras:

*La joie, hélas! est au delà de l'âme humaine.
Les mains les plus hautes n'ont arraché qu'une plume
à cet oiseau qui vole en tourbillons d'écume
avec son ombre seule à fleur de nos demains.*

Esto es singularmente significativo, como dicho por un poeta que está bien nutrido del credo de su siglo, y que ha cantado la gloria de nuestros grandes y modernos centros fabriles é industriales; dicho por un poeta en una época de novo-paganismo, de progreso, que es el *paganismo de los imbeciles*, como lo ha llamado Baudelaire; en una época en que, como ha notado Stendhal, las cifras exactas tienen una gran fuerza, aun en la conversación vulgar, y «las personas sensatas y de conclusiones morales», sin apoyo preciso en los hechos, están sujetas «á ser puestas en ridículo por un necio que sabe una fecha».

En medio de esta civilización tumultuosa y desordenada, lo menos cristiana posible, la sensualidad aun es una fuerza. Y es acaso, aunque parezca paradoja, la única fuerza que nos volverá á hacer cristianos. Esto necesitaría una larga explanación, que yo no quiero dar porque me llevaría muy lejos; sólo indico que sin estas que á muchos parecerían aventuradas afirmaciones, nunca se adelantaría un paso en el conocimiento del espíritu humano. Ya Séneca lo dijo: *Nunquam enim inveniretur, si contenti fuerimus inventis. Propterea qui alium sequitur, nihil sequitur, nihil invenit imò*

nec quarit (1). En esto de las paradojas y de las adivinaciones de lo futuro, hay que atender más á la gloria del fin que al trabajo de los medios, como dijo de los Argonautas en el primer libro de su epopeya del mismo título el viejo y noble poeta Valerio Flaco:

*Tu sola animos mentemque peruris,
gloria; te viridè, innumcumque senecte,
phasidos in ripa stantem, juvenesque vocantem.*

Por la sensualidad llegaremos algún día al grado sumo de espiritualidad. Ya sé que contra esto clamarán voces de todos lados, y todas las protestas de todos los hombres de todos los siglos se elevarán contra mí. En todos tiempos se ha estimado la honestidad como condición precisa de la poesía, y Minucio consideraba como *una disculpa culpable* de los poetas el llamar urbanidad y cortesanía á la impureza (*apud eos tota impuritas vocatur urbanitas*). San Agustín empezaba por vituperar en Homero que hubiese fingido tantas poéticas mentiras de dioses ladrones, homicidas y adúlteros, pues de esta suerte persuadía al mundo á que los imitase con vicios, pudiendo decir cualquiera que los cometiese que en pecar no imitaba á hombres perdidos, sino á dioses (2). Un viejo autor comparaba la deshonestidad poética con aquellos espejos antiguos que se aplicaban al uso de una vista abominable, con los cuales se enseñaba lo que la noche oscura no basta á encubrir, y de que hablaba Séneca en sus *Questiones naturales* (*eis sibi ostendebat quibus abscon-*

(1) «Nunca se descubriría nada si nos contentásemos con lo inventado. Por eso, el que sigue á otro no sigue nada, no descubre nada; más aún, ni siquiera lo busca.» (*Epistola*, XXXII.)

(2) «Quisquis ea fecisset, non homines perditos, sed caelestes deos videbatur imitatus.» (*Confessiones*, lib. I, cap. XVIII.)

dendis nulla satis alta nox est). San Jerónimo aconsejaba con irritación — por algo se le llamó *León Bravo* que desde la cueva de Belén hizo oír todos los rugidos de su voz — no seguir las fábulas de los poetas, que son mentiras ridículas y pretenciosas, con las cuales intentan hasta infamar el cielo y colocar el acto del estupro en las estrellas (1). — ¡Ah, sí; en las estrellas; en las divinas y lejanas estrellas; allí está el centro sideral de la sensualidad! *Anywhere out of the world*, como solía decir Baudelaire; dondequiera que sea, fuera del mundo, allí es donde se encuentra todo lo del mundo. ¡Hay una repercusión de todo lo terrenal en lo extraterrestre, y un hilo enlaza el cielo azul con el cielo que cada hombre lleva en el fondo de su alma!...

Con esta concepción de la vida, no son ni deben parecer extrañas las aparentes contradicciones que encierra nuestro mundo moderno. Así, siendo profundamente intelectuales, somos radicalmente sensuales. Nuestra constitución contiene una deliciosa mezcla de lo intelectual y lo sensual. Uno de esos antiguos eruditos más anecdóticos que investigadores (al revés de los de hoy) que gustaban de rebuscar en las viejas historias y viejos romances noticias de sabroso y añejillo regusto para condimentar una idea, emperifollándola de coles y supliendo la nutritiva carne con la insípida legumbre — como hacen en las mesas tacañas de los hoteles, donde los hosteleros, asaz taimados y pícaros de condición, ocultan entre hojas de verdura la magreza de la cebona y rica vianda —; uno de esos eruditos, pues, acaso iría á buscar una similitud con nuestro estado de espíritu en aquella torpe costumbre de los escitas á la cual hace re-

(1) «*Non debemus sequi fabulas poetarum, ridicula ac portentosa mendacia, quibus etiam eorum infamare, conantur, et mercedem stupri inter sidera collocare.*» (In V.^{um} Librum Amos.)

ferencia Tertuliano (1) en un pasaje de sus obras; los cuales, mientras andaban ocupados en sus *ayuntamientos con fembras placenteras* allá por dentro de los carros, colgaban del yugo las saetas para que nadie entrase y les dejasen seguir su camino y su entretenimiento con reposo y tranquilidad. Nosotros colgamos también nuestras aljabas de espiritualidad de nuestras liras para que no se sienta latir la sensualidad desbordante que dentro ruge... Intentamos ir á la espiritualidad por medio de la sensualidad; y esto es, para expresarlo con una gráfica frase de San Gregorio Nacianceno, como ir á la playa por los escollos (*per scopulos ducere ad litus*). Así será; pero yo sé decir que desafío á que me demuestre cualquiera que no hay espiritualismo en estos maravillosos versos de Rubén Darío, por otra parte tan profundamente sensuales, titulados *Por el insujo de la primavera*:

¡Divina Estación! ¡Divina
Estación! Sonríe el alba
más dulcemente. La cola
del pavo real exalta
su prestigio. El sol aumenta
su íntima influencia; y el arpa
de los nervios vibra sola.
¡Oh, Primavera sagrada!
¡Oh, gozo del don sagrado
de la vida! ¡Oh, bella palma
sobre nuestras frentes! ¡Cuello
del cisne! ¡Paloma blanca!
¡Rosa roja! ¡Palio azul!
Y todo por ti, ¡oh, alma!
Y por ti, cuerpo; y por ti,

(1) «*Suspendunt de jugo pharetras indices, ne quis intercedat. Ita vice armis erubescunt.*» (Contra Marcellum, lib. I, cap. II.)

Idea, que los enlazas,
y por ti, lo que buscamos
y no encontraremos nunca,
jamás!...

¡Oh, divina revelación! En verdad, los grandes poetas son, aun en nuestra época de mercantilismo y de *trusts*, maravillosos videntes, hierofantes magníficos, pronunciadore de oráculos; ellos dicen, sintetizada é intuitivamente, las verdades á que los científicos y los estudiosos dedican largos esfuerzos y largas jornadas. Así, este portentoso Rubén Darío —que en ocasiones no desmerece del colosal Hugo (de quien ha recibido una parte de inspiración) —nos revela aquí una iluminadora verdad: que la idea es lo que enlaza, en el supremo contacto de dos cuerpos, las dos almas que forcejean por compenetrarse mutuamente... He aquí una valiente y noble profesión de fe, implícita: la idea lo es todo; lo intelectual está hasta en lo sensual. Una vez convenidos en esto — la idea por fondo de la unión de dos cuerpos y de dos almas, y en el segundo término, borroso y difuminado, aquello *que buscamos y que no encontraremos nunca jamás*, según la espiritual y lírica frase del poeta de *Azul* —, no se extrañe que en las obras de Rubén Darío (como en las novelas de Felipe Trigo, especialmente en la definitiva, *Alma en los labios*) se divinice, al idealizarlo, el sensualismo, y se entonen letanías ardorosas y floridas á la ardiente pasión carnal, como fuente de la vida y del ensueño!...

Letanías por el estilo de ésta que tan maravillosamente nos ha recitado Rubén Darío en su *Aleluya*:

Nidos en los tibios árboles;
huevos en los tibios nidos;
dulzura, ¡alegría!...
El beso de esa muchacha

rubia, y el de esa morena,
y el de esa negra, ¡alegría!...

Y el vientre de esa pequeña
de quince años y sus brazos
armoniosos, ¡alegría!...

Y el aliento de la selva virgen,
y el de las vírgenes hembras,
y las dulces rimas de la Aurora,
¡Alegría, alegría, alegría!... (1).

Ó como esta que pudiéramos llamar *Caución al desnudo*, himno á la carne, que dice así:

¡Carne, celeste carne de la mujer! Arcilla
— dijo Hugo —; ambrosía más bien. ¡Oh maravilla!
La vida se soporta,
tan doliente y tan corta,
solamente por eso:
¡roce, mordisco ó beso
en ese pan divino,
para el cual nuestra sangre es nuestro vino!
En ella está la lira,
en ella está la rosa,
en ella se respira
el perfume vital de toda cosa.

Eva y Cipris concentran el misterio
del corazón del mundo.
Cuando el áureo Pegaso
en la victoria matinal se lanza
con el mágico ritmo de su paso
hacia la vida y hacia la esperanza,
si alza la crin y las narices hincha,
y sobre las montañas pone el casco sonoro,

(1) *Cantos de vida y esperanza: Otros poemas*, XXVI, páginas 135 y 136.

y hacia la mar relíncha,
y el espacio se llena
de un gran temblor de oro,
es que ha visto desnuda á Anadiomena (1).

Sin temor á la exageración, sin temor al elogio nauseabundo de puro rebuscado—mi naturaleza es de esencia efusiva y quiere expansionarse, cuando algo le asombra, largamente, desahogadamente, como quiere aspirar el aire puro y fresco de montaña quien allí encuentra la salud; mi naturaleza es también abundante, y la facundia, por tanto, no puede ser tacaña: *ex abundantia cordis os loquitur*—, aseguro que esas líneas constituyen el más original pensamiento, engarzado en el más vibrante himno lírico que se puede recoger en la poesía castellana desde la época del romanticismo. Si Sawa, ese original y artista Sawa (que no ha cometido otro defecto que el de escribir demasiado poco), pudo hablar en una ocasión del «enorme infinito eterno», refiriéndose al instinto sexual, y de «todos los infinitos reconcentrados en un segundo» (2), aludiendo ya estrictamente á la cópula (y en verdad que son estas nobles y arrebatadas imágenes á lo Hugo, como las que el autor de *Crímen legal* gusta de prodigar), ¿por qué no se le ha de permitir á Rubén Darío que vea en Cípris y en Eva el misterio del corazón del mundo?

Bien sé que dirán: pero, ¿y el alma? En efecto: hay el alma, también nos es menester el alma; *il nous faut de l'âme*, para decirlo con una gráfica frase francesa. Mas Dios ha creado á la naturaleza humana tan débil ¡¡¡ó tan sublime!!!... que para hacer transparentar el alma necesita de la exterior-

(1) *Cantos de vida y esperanza: Otros poemas*, XVII, páginas 113 y 114.

(2) Vid. *La mujer de todo el mundo*, V, 67, y VI, 90.

rización. Sólo lo exterior delata lo interior, y hay momentos en que lo psíquico sólo se manifiesta por signos físicos. ¿Y por qué?, ¿qué ineluctable é irreducible antinomia encierra esto? ¿Por qué en los grandes momentos de la vida (1) necesitamos del beso ó de otro signo exterior cualquiera para dar á conocer nuestro interior fenómeno? ¿Por qué las almas de los amantes sólo intentan (que no lo consiguen) transfundirse el alma y conocerse mutuamente por medio de contactos de epidermis? ¿Es que la tibieza ó la frialdad de la piel pueden acusar un descenso de temperatura moral? ¿Es que el alma reside en la sangre y en la carne y en los huesos— ó es que no hay alma, sino sólo sangre, carne y huesos? *Os ex ossibus meis et caro ex carne meâ*, ¿equivale á decir *anima ex animâ meâ et mens e mente meâ*? Acaso consista en que el alma, como toda cosa natural, sólo por su actividad es tal alma y así se manifiesta (2). Naturalmente, siendo así, ha de buscarse su modo de realización, su modo de expresión. El modo de expresión no es en todos los seres más que el instinto de conservación y el instinto de reproducción fundidos en una sola ansia de vida que quiere comunicarse al exterior. Expresarse es vivir. En la escala de los seres, á mayor intensidad de vida mayor fuerza de expresión.

El alma, que está muerta y aletargada en el mineral, no

(1) Por ejemplo, en las grandes crisis de dolor, de arrepentimiento ó de ternura, ¿no nos ha ocurrido siempre que buscamos una expansión á nuestros sentimientos en el signo exterior? Y no digamos que este es un producto del instinto sexual: aun en las relaciones de familia, hay momentos en que el beso estalla por sí solo; momentos en que los labios necesitan unirse para que las almas puedan compenetrarse.

(2) Fichte llamaba al cuerpo, con plástica metáfora, «el alma vuelta al exterior...»

se agita buscando su expresión; mas en el vegetal, donde ya dormita y cabecea en una somnolencia luminosa y beatífica, abre á veces los ojos y se exterioriza por medio de brotes y capullos, que son las letras y sílabas de su abecedario; despertándose ya al fin en el animal, donde gruñe, brama, relincha (modos de expresión todos en los irracionales) ó estalla, por fin, y habla con el lenguaje articulado y sabio del racional... (1) Si bien lo miramos, en suma, todo lo que vive, por el hecho solo de vivir, tiende á encontrar su modo de expresión (2), que condiciona su vida.

* * *

(1). Al hablar así, es claro que yo considero el alma con respecto al cuerpo como el centro de una circunferencia. Borrada el círculo; podrá, sin embargo, subsistir el punto del centro. Se me dirá que ya no es tal punto, porque ya no existe aquello con relación á lo cual lo era; mas yo sostengo que sigue siendo un punto aislado. Así opino, naturalmente, que el alma puede subsistir separadamente del cuerpo, sin abandonar sus funciones de alma; y dejo con ello el paso franco á la doctrina de la transmigración, que no me parece tan anticristiana como siempre se ha creído. Aun concediendo á los materialistas y sensistas que el alma pueda estar íntimamente ligada á los órganos del cuerpo, no por eso abandonemos nuestra doctrina de la inmortalidad é inmaterialidad. Es indudable que el cerebro obra como medianero del alma, y los sentidos como intermediarios entre el espíritu y el mundo exterior; mas de aquí lo único que se puede deducir (y nada de ello va en contrario del espiritualismo más acendrado) es que el cerebro no podría vivir sin el alma. Mas inferir que el alma no puede vivir sin cerebro, es trocar los términos de la proporción lógica. A esto me replicarán que la lógica no sirve para nada — como la Gramática —; pero esta doctrina hoy es propia solamente de los que detesten toda disciplina.

(2) «¿Qué crees que son los grandes hombres? — pregunta la protagonista de una hermosa novela de Grazia Deledda á su marido. — ¿Los que llaman pensadores? Afortunados que han sabido expre-

Como el corazón, cuando admira, es semejante á un sol que se esconde majestuosamente para dejar que los planetas brillen, me he detenido contemplando la ideología de Rubén Darío como se contempla un bello paisaje de aldea y de primavera, sin abruptas quebraduras, sin ferocidades exuberantes, pero con brotes ingenuos y rasgados... Rubén Darío es, como he dicho, un complicado de pagano y cristiano, y esto hace su mayor elogio. Al prologar la obra del poeta americano Blanco Fombona, le oímos decir con singular delicadeza de expresión: «Fraternizábamos en Epicuro; pero yo siempre creyendo en Jesús Santo y él no» (1). Y aquí mismo habla de «ese gran placer del sensitivo que toca los nervios del mundo y los siente vibrar al unísono con sus

sarse bien. ¿Nietzsche, por ejemplo? ¿Crees tú que yo, que otros muchos no han podido tener las ideas de Nietzsche sin haberlo leído en su vida? Sólo que él ha sabido exteriorizar sus ideas, y nosotros no. Y digo Nietzsche como podía haber dicho el autor de *La imitación*.» (*Nostalgia*, 2.^a parte, VI, 96; Biblioteca *Literatura y Arte*, traducción española de Domenge Mir, Henrich y Compañía.—Barcelona, 1905.)

Hace poco, leyendo las cartas que desde la cárcel de Reading dirigía el ya abatido y degradado Oscar Wilde á su amigo Robert Ross, y que ha traducido admirablemente el meritísimo cronista inglés del *Mercur de France*, me encuentro con estas frases (salidas *ex corde ó ex mente*), á propósito del permiso que para escribir le concedió el que aquí llamaríamos alcaide de la cárcel; palabras que confirman mi sentir: «No he menester de recordaros que la expresión es por sí sola, para un artista, el supremo y único modo de vida. Vivimos porque nos expresamos... Al otro lado del muro de la cárcel hay algunos pobres árboles ennegrecidos de hollín, que están en camino de cubrirse de brotes de un verde casi agudo. Sé perfectamente bien lo que les ocurre: encuentran su expresión.» (Carta IV, páginas 38 y 39. Edición del *Mercur de France*.—Paris, MCML.)

(1) *Pequeña ópera lírica*; Prólogo, 10.—Madrid, 1904.

nervios», del «culto del beso y del verso y la savia pagana y la locura sensual de todo panida». Y ama lo mismo que la Grecia, el país de los trovadores y de las castellanas; y suspira á ratos por la Edad Media, enorme y delicada como la llamaba Verlaine. Y si ama la Grecia, es la Grecia vista á través de Francia, país de civilización más accesible á la nuestra actual. Así nos lo confiesa en una maravillosa *Divagación* altamente lírica:

Amo más que la Grecia de los griegos
la Grecia de la Francia, porque en Francia
al eco de las risas y los juegos
su más dulce licor Venus escancia.

Demuestran más encantos y perfidias,
coronadas de flores y desnudas,
las diosas de Clodión que las de Fidias.
Unas cantan francés; otras son mudas.

Verlaine es más que Sócrates; y Arsenio
Houssaye supera al viejo Anacreonte.
En París reinan el Amor y el Genio;
ha perdido su imperio el dios Bifronte (1).

Es, pues, Rubén Darío, ante todo, un moderno, un hombre de su tiempo, aunque le pese en ocasiones; y si siente otras épocas, es por lo que en ellas hay de común con la nuestra. Como nuestra civilización, es cristiano con preferencia; pero el sordo gemido de la flauta pánica se siente zumbir por debajo en su desolación... Estamos en «el gabinete del café galante», en el restaurant moderno, entre los dorados vinos y las rojas bocas de las muchachas alegres («¡las vírgenes locas de su cuerpo!» (2), como ha dicho él con lapidaria é

(1) *Prosas profanas*, págs. 56 y 57.

(2) *Los Raros*, 183.

inmortal frase); se siente la melodía de Grecia, concertada entre las viñas, á la luz de las niñas de las grandes ojeras:

... luz de las niñas
de las grandes ojeras; ¡oh luz negra
que hace reír á Pan bajo las viñas! (1),

como ha dicho el mismo poeta; junto al jardín, en la serre ultramoderna y exquisita de lujo y de suntuosidad; junto á la serre, ese capricho artificial, esa intentona de triunfo del hombre sobre la naturaleza; allí mismo, por un singular prodigio de traslación ó de reencarnación, mejor dicho, encontramos la figura del que se complace en llamar *Capripede* cuando la evoca en su delicado idioma de poeta. Tal vez

Cerca, coronado con hojas de viña,
reía en su máscara Término barbudo;
y como un efebo que fuese una niña
mostraba una Diana su mármol desnudo (2).

Fué todo eso quizás en una *garçonnière*, ornamentada con un lujo de insuperada modernidad, en aquel «amable nido de soltero», donde

los tapices rojos de doradas listas
cubrían panoplias de pinturas y armas,
que hablaban de bellas pasadas conquistas,
amantes coloquios y dulces alarmas (3).

¿Dónde estamos, pues?, se preguntará cualquier lector aturdido. ¿En el siglo de Pericles, en plena época de trovadores, en el siglo XVIII ó en nuestra época de fonógrafo y de kodak?

(1) *Prosas profanas*: *Alaba los ojos negros de Julia*, pág. 68.

(2) *Prosas profanas*: *Era un aire suave*, pág. 51.

(3) *Ibidem*: *Garçonnière*, pág. 77.

En todas; en ninguna; quizás es ese el secreto de la gran poesía: asimilarse el espíritu de todas las épocas anteriores y fundirlas en el espíritu de la propia, aquella en que se tuvo la desgracia ó el disgusto, el placer ó la dicha de nacer...

Rubén Darío siente la vida en moderno. ¿En cristiano?, ¿en pagano?, ¿en helenista?, ¿en medioeval?, ¿en árabe?, ¿en indo?, ¿en caballeresco español? Y yo os diría que es muy compleja cosa contestar á esto. El tipo de la Europa moderna, el caballero de frac, el hombre de boulevard, el hombre de café, el hombre de cotillón, el hombre de mujeres galantes, el hombre que lee las novelas francesas y gasta monocle, este amorfo personaje de lo que hemos convenido en llamar la civilización europea, ser antipintoresco, lo más antipoeético posible, la deificación y apoteosis de nuestra burguesía liberal y de nuestra plutocracia mercantil; esta figura, que lo mismo aparece en las calles de Tokio que en las de Río Janeiro, en las de Buenos Aires que en las de Hong-Kong, en las de San Francisco de California que en las de Bombay, dondequiera que esas calles sean de asfalto ó de macadam, este tipo uniforme y reglamentado tan admirablemente descrito en la *Correspondencia de Fradrique Mendes*, de Eça de Queiroz — es un agregado tal de capas de civilización y de cultura que costaría trabajo ir disyuntándolas y deshilándolas poco á poco. Rubén Darío es un europeo de sentimientos, si no de origen, y esto equivale á decir que es un cosmopolita. Tiene sus patrias mentales; aquellas patrias donde el alma vuela cuando se ve libre, y tiene con preferencia una, de adopción: aquella de la cual ha dicho Lamartine: *L'homme est naturel du pays qu' il aime* (1). Si en

(1) Ya los romanos decían con concisa y encantadora frase: *Ubi bene, ibi patria*. Que es, en cuatro palabras, la más completa conde-

el Registro civil se inscribiese la patria mental de cada uno, á Rubén Darío habríamos de encasillarlo entre los habitantes del país de Francia. Así pregunta:

¿Fué acaso en el tiempo del rey Luis de Francia,
sol con corte de astros, en campo de azur?
¿Cuando los alcázares llenó de fragancia
la regia y pomposa rosa Pompadour?
¿Fué cuando la bella su falda cogía
con dedos de ninfa, bailando el minué,
y de los compases el ritmo seguía
sobre el tacón rojo, lindo leve el pie?
¿Ó cuando pastoras de floridos valles
ornaban con cintas sus albos corderos,
y oían, divinas Tirsis de Versalles,
las declaraciones de sus caballeros? (1)

Esta es la Francia que él ama; Francia de aventuras galantes, de abates empolvados y de susurros de abanico; país un poco frívolo, que inspiró toda una fase de su obra. Hoy ya, vuelto quizás á la verdad de su corazón, siente algo menos esta Francia de Directorio y de damas galantes, y acaso suspira por una patria universal más humana y más noble... Hoy su corazón está pendiente, más bien que de la franja de la cola de los trajes aristocráticos, de esos hilos eternos que reatan al corazón humano con su patria perdida

nación del patriotismo, ó mejor, la negación de la existencia de tal sentimiento, sobre todo en su concepto de chauvinismo restrictivo. ¡Antinomia extraña en un pueblo de guerreros y de jurisconsultos, y que nos ha legado como una herencia la noción del patriotismo estrecho, recordando el cual aun en nuestros últimos tiempos podía hablar Martínez Ruiz (en *La Voluntad*) de no ser patriota en el sentido romano!

(1) *Prosas profanas: Era un aire suave*, pág. 53.